

Cine

SAN SEBASTIÁN 86

LOS SIGNOS DE LA DEPRESIÓN

Por Susana López Aranda

Este año, el XXXIV Festival Internacional de Cine de San Sebastián, España, que se celebró en septiembre, mostró a pesar de la diversidad de secciones y filmes, una singular unidad en cuanto a temas. Suicidios, locura, drogas y violencia, fueron las constantes que definieron como tónica común, lo depresivo.

Entre las cientoventitantas películas que se exhibieron hubo buen cine, pero de casi todas las proyecciones, uno salía arrastrando los nudillos (y el ánimo) por el polvo donostiarra.

Sólo en la Sección Oficial, la competitiva, 13 de los 17 filmes en concurso estuvieron en ese tenor y buena parte de las películas de la Sección Informativa, titulada *Zabaltegi* (que quiere decir Zona Abierta en éuskaro), lo mismo.

Sin embargo, lo deprimente no limita en absoluto el disfrute cinefílico (¿o será masoquismo?), un festival es un banquete, sobre todo si se toma en cuenta el raquitismo endémico de nuestra cartelera.

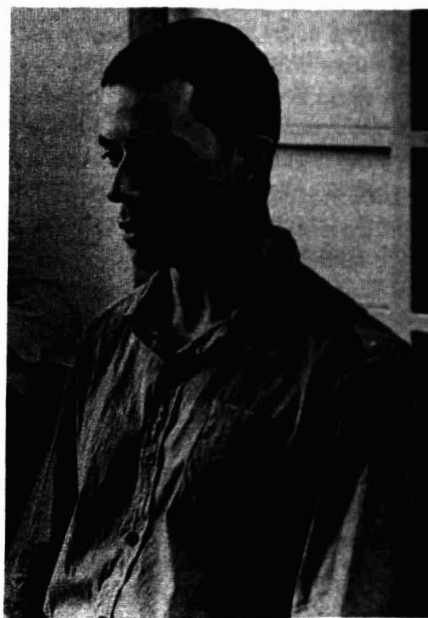
Ya entrando en materia, desde el primer día, manicomios y locura hicieron su aparición. La cinta española que inauguró la competencia, *El viaje a ninguna parte*, del escritor, director y actor Fernando Fernán Gómez, aunque sea de manera tangencial, trata el asunto. Desde una clínica y ante un psiquiatra, un viejo actor de la legua (interpretado por el insulso José Sacristán) rememora las andanzas de su grupo trashumante y aquejado por delirios de grandeza, de paso se inventa inconsistentes glorias.

Los aciertos de la cinta —la nostálgica recreación de un mundo ya desaparecido, el de los actores que recorren el país representando obreras en cafés y tabernas ante un público que pronto los abandona por las ventajas del cinematógrafo— se ven empañados por el exceso de senti-

mentalismo y más que nada, por el afán del autor de ponerlo todo, experiencias y supersticiones del gremio, consejas, anécdotas legendarias, etc. Demasiado bla-bla-bla.

Otra cuasi radionovela fue la película argentina *Hombre mirando al sudeste*, del debutante Eliseo Subiela. Aquí, otro psiquiatra debe lidiar con un tipo que se interna voluntariamente en el hospital para enfermos mentales y que asegura ser un extraterrestre. Ambos, claro, salen transformados del contacto, el necio paciente logra al fin experimentar sentimientos humanos y el galeno revalora lo positivo de la vida... Si formalmente la obra es nula, la puerilidad de su tesis (el loquito y el doctor descubren al unísono que el mundo es injusto y que los verdaderos locos andan sueltos) y la suprema cursilería de diálogos, actuaciones y banda sonora, la convierten en un insufrible y pretencioso churro pampero. Que el público, compuesto fundamentalmente por amas de casa donostiarra y chavos en onda trascendente, quedara encantado, pase, pero lo grave es que se haya llevado la mitad del premio Ciga (el único en efectivo, concedido por una cadena hotelera y con un jurado paralelo que sólo puede escoger entre las primeras o segundas obras de algún realizador), en gustos se rompen ya se sabe, pero esto fue el colmo.

En cambio, el filme griego *Mia Tossa Makrini Apoussia* (*Una tan larga ausencia*) de Stavros Iliadis, sobre el tema también de la alienación, puede tomarse más en serio. Una mujer se niega a que su hermana psicópata sea confinada en el hospital municipal; para ello, se enfrenta a su familia y a la incompreensión de la sociedad



Hombre mirando al Sudeste



El Imperio de la Fortuna

y termina encerrándose en su casa junto con la desvalida hermana, autocondenándose a la soledad y a la locura. La película tampoco es algo del otro mundo (por suerte), pero está realizada con corrección y sensibilidad.

Para no quedarse atrás, la sección *Zabaltegi* incluyó varios filmes sobre el tema. Entre los más sobresalientes cabe mencionar el filme estadounidense de producción independiente *Riverbed*, de Rachel Reichman, en el que con un ritmo moroso y muy bellas imágenes (debidas a la excelente fotografía en blanco y negro de Steven Giuliano), se nos plantea la relación amorosa entre un aventurero y una joven autista, en el entorno de la época de la depresión. Luego de habérsela llevado lejos de casa, él comprende que lo mejores ahogarla en el río junto al que vivió. Por sus cualidades formales, la cinta obtuvo una mención especial del jurado de la Federación Internacional de Prensa Cinematográfica.

37'2" *Le matin/ Betty Blue*, de Jean Jacques Beineix, es también un romance malogrado por trastornos mentales. La heroína es una maniaca depresiva declarada que al no poderse embarazar, se saca un ojo y queda en estado de shock; su enamorado, por compasión, decide eliminarla. La cinta, que oscila entre la comedia y el melodrama granguillesco, comprueba la proclividad de Beineix (realizador de *Diva*) hacia un esteticismo hueco.

El problema de las drogas, un asunto grave y complicado como pocos, fue abordado desde ángulos diversos. 27 horas, del realizador vasco Monxo Armendáriz (autor de *Tasio*) relata lo ocurrido en

el lapso que indica el título, a tres adolescentes, dos de los cuales mueren a causa de una sobredosis de heroína, en pleno San Sebastián. No obstante que la película fue muy criticada allá por su evidente moralismo, lo cierto es que Armendáriz logra transmitir una sincera alarma y urgencia ante el preocupante problema. 27 horas, por otra parte, confirma las dotes del cineasta para narrar con sencillez y alcanzar, al mismo tiempo, momentos de intenso lirismo.

Ubicada en las antípodas del tono del filme anterior, *Sid and Nancy*, del británico Alex Cox, es el pesadillesco recuento del caso de Sid Vicious, emblemático integrante del grupo *Sex Pistols*, quien asesinara accidentalmente al amor de su vida, para terminar suicidándose antes del juicio. Paroxística y exasperante, la película expone todos los excesos (y aún incurre en ellos) de la conducta punk: música ensordecedora y agresiva, drogas y más drogas, violencia desatada, escatología, para acabar pronto, una visión del infierno en la tierra.

Más jóvenes rockeros y reventadones son los protagonistas de la cinta francesa *Desordre*, de Olivier Assayas, acerca de dos muchachos involucrados con una chica, que cometen un crimen al tratar de robar instrumentos musicales. *Desordre* arranca bien, en un registro digamos negro, pero al poco rato, desemboca en una retahíla de conflictos sentimentales de lo más convencionales.

La muerte, en su variante de suicidio, provocó algunas de las mejores películas exhibidas durante el Festival. Aunque no como tema central, el suicidio desempeña un importante papel en la película mexicana en concurso: *El imperio de la fortuna*, de Arturo Ripstein.

Basado en un estupendo guión de Paz Alicia Garciadiego, Ripstein realiza una versión completamente diferente de *El gallo de oro*, de Juan Rulfo (argumento llevado a la pantalla por Roberto Gavaldón en 1964). La historia del gallero que logra fortuna gracias a su gallo de oro y a su talismán de la suerte, la Caponera, se extiende aquí en un relato obsesivo y recurrente, a la muerte de la mujer, la caída y suicidio del gallero, y la posterior asunción de la hija de ambos como cantante de palenques. La fortuna, en su continuo girar, sella los destinos; vidas y haciendas, todo está en juego y el juego es el reino del azar. En la que es su mejor película en los últimos años, Ripstein, dejando de lado los tradicionales toques folcloristas, nos enfrenta a una realidad mexicana y actual:



37'2" *Le Matin* Betty Blue

el campo urbanizado, "una pobreza de poliéster"¹ en la que las camisetas con aplicaciones de plástico, los lentes negros y las chamarras decoradas con estoperoles, señalan el irremisible fin del rancho como lugar incontaminado y receptáculo ideal de los valores nacionales. Ripstein consigue captar la belleza fea y áspera de esas ferias ambulantes, de los colores chillones de vestidos y paredes, de los sonidos discordantes de las bandas de pueblo, de ese México en fin, que existe y cuya magia a tantos cineastas extranjeros (y nacionales) se les ha escapado de entre los dedos. La película ganó el premio de mejor actor para Ernesto Gómez Cruz.

Por su parte, el cine japonés estuvo representado en el mismo rubro, por un excelente y apabullante filme de Yoshishige Yoshida. *Ninguen no Yakusoko* (*La promesa*), gira alrededor de la investigación policiaca que desencadena la muerte de una anciana, muerte en la que cada miembro de la familia se ve implicado. Yoshida, con implacable mirada, examina la condición humana confrontada con su inexorable destino: la vejez, la senilidad y la muerte.

A partir de un suicidio también, *Sretna nova '49* (*Feliz año nuevo '49*), cinta yugoslava de Stole Popov, constituye una visión sorprendente —por lo crudo y por venir de donde viene— de los años de la posguerra en una Yugoslavia empobrecida y avasallada por la presencia de la URSS. Un soldado que regresa del frente, presencia el suicidio de un compatriota y

por un kafkiano proceso judicial, ve destruida su vida y la de su entorno familiar. Personajes desencantados y un sombrío pesimismo, aunados a una interesante factura, hicieron de este filme una revelación.

En otro orden de ideas, pero de similar envergadura por su fuerza crítica, la cinta soviética *Adiós, Matiora*, de Elem Klimov (exhibida en la Sección informativa), permitió comprobar la valía y singularidad de este realizador cuya obra se despegaba del común de la producción soviética. *Matiora* es una pequeña isla que debe ser desalojada por sus pobladores ya que la construcción de una presa la hará quedar bajo las aguas. Las tumbas de los ancestros, las hermosas casas construidas durante generaciones, las costumbres añejas, la tierra, todo debe ser abandonado ante el avance tecnológico. Con este tema, el director de *Agonía* (1974-82) y *Ven y mira* (1985), elabora una impresionante elegía que cuestiona las ideas de progreso y modernidad como imperativos absolutos de la vida contemporánea. El filme, rodado en 1981, permaneció sin estrenarse hasta la apertura de la "era Gorbachov".

Por lo visto en la presente reseña (en la que como es lógico suponer ni están todas las que son, ni viceversa), la década que nos ha tocado sufrir quizás haga más mella en el subdesarrollo, pero ciertamente se resiente en todos lados.

El cine siempre ha sido un buen barómetro social y San Sebastián 86, muestra de la marcha del cine mundial, marcó bien a las claras la dirección en que sopla el viento: el optimismo no es hoy día, el pan nuestro de ningún pueblo. ◇

¹ Declaraciones de Paz Alicia Garciadiego en la rueda de prensa celebrada en San Sebastián.